



Pereña, Francisco, *Repetición e historia. Un ensayo sobre lo trágico*, Síntesis, Madrid, 2016, 192 pp.

La tragedia, hoy en día, es un concepto discutido. Prueba de ello es la gran diversidad de debates que surgen en torno a ella, con temas tan heterogéneos como la crítica cultural, la estética, la ética e incluso la política, por citar solo algunos de ellos. En gran medida, la tragedia se ha convertido en un modo alternativo de afrontar temas clásicos desde perspectivas distintas y en algunos casos bastante originales. Incluso, desde algún punto de vista –como el de Eagleton en *Sweet Violence*– se ha interpretado como un campo de batalla más donde se libra la contienda de las ideas e ideologías.

Por su parte, el libro de Pereña tiene la virtud de afrontar muchos de esos temas desde una perspectiva muy personal. Es eminentemente filosófico, si bien su finalidad principal es la de dar solución a problemas sociales, políticos y humanos reales a través de una clínica psicoanalítica crítica, en la que se conjugan principalmente ideas de Nietzsche, Freud, Kafka, Walser y Sófocles entre otros muchos. Los freudianos más ortodoxos encontrarán sin duda una lectura de la clínica psicoanalítica demasiado nietzscheana, mientras que los más adeptos a Nietzsche se verán sorprendidos por las aplicaciones clínicas de algunas de sus ideas que Pereña encuentra en la tragedia. Pero, independientemente de las filias y las expectativas con las que el lector se adentre en el texto, se debe tener siempre en cuenta su vocación crítica y terapéutica. Por tanto, el nervio central del trabajo es la crítica de la sociedad y de la cultura contemporáneas, así como el estudio de las patologías que la propician, que se pueden resumir en el sufrimiento vital. Tal y como se presenta, es un sufrimiento derivado de un mal enfoque de las relaciones con el otro, enfoque que por lo demás es defectuoso por la mala influencia de la filosofía, la política y, en nuestra cultura, del cristianismo y sus tesis sobre la historia y la salvación. La tesis principal de todo el trabajo, en base a esto, se puede resumir en que, principalmente, por causa de esos tres elementos *teóricos* (filosofía, política y cristianismo), el individuo actual es incapaz de conocer y entender la sabiduría que nos muestra la tragedia sofoclea, y más concretamente la que nos ejemplifica la figura de Edipo. El rey tebano representa como nadie la falibilidad y precariedad de nuestros actos y, en consecuencia, de lo que somos, esto es, sujetos a merced de ese conjunto de hechos, necesidades, cambios, etc. que es la vida. También es movimiento, mutación –en la terminología del texto, *pulsión*–, y esto la opone a la fijeza impasible de la teoría. Estamos ante una dualidad irreconciliable según Pereña entre la teoría y la vida: o se acepta esta última sin ambages –aquí se empieza a sentir la influencia de Nietzsche– o se reniega de ella, o reconocemos que cualquier generalización de nuestros actos y pulsiones es pura ficción, o aprendemos a vivir con nuestras limitaciones, único primer paso posible para alcanzar algo parecido a la felicidad. No hay término medio.

Esta abrupta contraposición debe ser aceptada como tal, esto es, no

debemos intentar tender algún puente entre ellas, hay que evitar caer en la tentación de elaborar una ley que explique la vida y su angustia. Esos son precisamente los errores de la filosofía, la política y la historia. La vida es repetición de lo que acaece, lo cual no quiere decir que se repitan siempre los mismos hechos, sino que lo que nos ocurre como sujetos no cesa de hacerlo y, además, no es sino una determinación de lo contingente. Por eso, intentar dar una fórmula que explique abstractamente ese acontecer está abocada al fracaso. La historia se opone a la repetición, puesto que se nos presenta como una ley abstracta de lo real. Ahora bien, esta contingencia no es tal en sentido absoluto, es más bien lo que nos sobreviene como sujetos, es algo concreto, las alteraciones –pulsionales– que nos suceden y que conforma nuestro devenir vital. De ahí la importancia que para el autor tiene la repetición, ya que deja clara la relación entre las ideas hasta aquí expuestas y la praxis clínica que él propone. En efecto, si la vida es pulsión y las pulsiones son las alteraciones del organismo que conocemos como individuo, el primer paso para la curación del sujeto hodierno debe pasar por la comprensión de este hecho y por su aceptación.

Pero para encajar las piezas que se nos presentan en la primera parte de *Repetición e historia*, se debe entender la enfermedad que, según Pereña, sufrimos las personas de nuestras sociedades actuales. Es el sufrimiento, o angustia, pero no desesperado al modo de Kierkegaard, sino debido a la presencia del otro. Por un lado, necesitamos a los demás como una especie de complemento nuestro y de protección, pero al mismo tiempo lo rechazamos como algo amenazante que se cierne sobre nuestro propio yo y que nos hace sentir de algún modo sometidos. En esta tensión se encuentra la causa de multitud de fenómenos clínicos que hunden sus raíces en el hecho de dañar lo que se quiere. Todo sería más fácil si uno de los términos del binomio pudiera ser cosificado y poseído por el otro, pero ni yo puedo convertirme en un puro objeto, ni el otro se me aparece tampoco como tal. Entrando un poco más en detalle, se nos muestra que esa “insatisfacción” que genera la angustia no es secundaria, sino un rasgo definitorio de nuestro recorrido vital e inherente al sentir mismo del sujeto. Esa es uno de los motivos para entender nuestras dificultades para establecer vínculos entre nosotros. Vivimos sin saber hacerlo, y esa frustración se repite constantemente a lo largo de toda nuestra existencia si no le ponemos remedio. Del mismo modo, lo social es un reflejo de lo individual, buscamos en la comunidad la protección y la identidad perdida en el vacío pulsional, mientras que, al mismo tiempo, nos sentimos perseguidos por los otros que conforman el grupo. La masa social es, por tanto, un conjunto de personas aterrorizadas por los demás miembros de la manada.

Todas estas clarificaciones van encaminadas a introducirnos el giro personal en la clínica que se propone en este tratado. En concreto, Pereña rechaza la tesis freudiana de la pulsión de muerte como una suerte de fuerza cósmica autónoma que nos empuja a “«lo malo», a la agresión, a la destrucción, y con ello también a la crueldad”.<sup>1</sup> Ciertamente nos hacemos daño unos a otros, pero no nos empuja a hacerlo una fuerza externa –la pulsión tanática–, sino la angustia, la insatisfacción y los sufrimientos que padecemos por no ser capaces de orientar nuestra existencia. La clave que separa las tesis del texto del psicoanálisis ortodoxo es que esa violencia se puede en cierto modo reconducir, al no ser una fuerza cósmica soberana como lo es la pulsión de muerte. De lo que se trata es de constituir al otro como una demanda, esto es, el otro debe ser concebido como una suerte de “complemento” nuestro más que una sombra

---

<sup>1</sup> Freud, S. *El malestar en la cultura*. Alianza Editorial, Madrid, 2006, p. 64.

maligna dispuesta a caer sobre nosotros en cualquier momento. Esta demanda trata de aplacar los sentimientos de dependencia y desesperación a los que nos aboca las pulsiones vitales. El objetivo es convertir ese sufrimiento que nos genera el otro en algo positivo, para lo cual debemos intentar verlo como una presencia que nos completa, en lugar de una amenaza que nos aguarda. Es, en definitiva, una demanda de amor, que es la única que carece de una finalidad más allá de sí misma. En la demanda de reconocimiento, tan extendida en nuestras sociedades, buscamos algo más allá de lo que ella misma nos ofrece, y conlleva además la consecuencia de la que se supone que debemos huir: usar al otro como un medio para colmar una necesidad interna. La demanda amorosa carece de finalidad, es débil, adolece de la seguridad que nos otorga una ley, pero nos permite establecer vínculos sociales de reconocimiento mutuo en lugar de la imposición de los unos sobre los otros. El hacer de esta demanda algo posible es una tarea –heroica– de aprendizaje y autocrítica, y es ahí donde el cuidado del terapeuta se revela crucial, es él el que debe enseñarnos a resistirnos a los relatos salvíficos con los que la teoría nos ha subyugado, en una forma u otra de metarrelato filosófico, religioso, etc.

En realidad, toda esta exposición del primer ensayo que conforma este volumen, es una introducción a los conceptos básicos del libro, que serán ampliados y aplicados en el segundo y último, donde se trata más propiamente de la tragedia. El nexo de unión es claro: el modo de curarnos de nuestro sufrimiento vital debe ser a través de la sabiduría trágica. Si en la primera parte del libro se nos habla en términos generales, en la segunda se nos insta explícitamente a sustituir estos metarrelatos por las enseñanzas de Edipo. La tragedia es el único instrumento que poseemos para captar la insoportable levedad de nuestra existencia, tal y como Sófocles nos expone al cominarnos a despertar de la ensoñación del final de la historia como redención. En definitiva, nada de lo que nos sucede tiene una “solución” que consiga eliminar lo vivido. Podría decirse que esto es una especie de “fin de la filosofía” en el sentido que tradicionalmente la hemos entendido –según Pereña–, es decir, como el saber que nos ha dado a entender durante siglos que ese olvido de la vida es posible y necesario para poder aspirar a la felicidad. Pero no es así, los grandes héroes trágicos enseñan que vivir es más bien una lucha con uno mismo. Por eso la tragedia es para Pereña *agón* entre el yo moderno, racional y ético, y la voz lúcida de la tragedia que nos recuerda que, por mucho que sepamos, por muy apagados al imperativo categórico que nos situemos, hay algo que nos supera, que nos hace, en definitiva, humanos. El “error” de Edipo es la gran metáfora trágica de lo que implica ser humano. El destino nos conduce a ese error inevitable o *hamartía* ante el que hay que asimilar nuestra debilidad y aceptar nuestra impotencia. El primer paso para este aprendizaje es comprenderlo, y eso es lo que se conoce como *anagnórisis*, momento en el que se resume lo trágico y que toda persona –y todo héroe de la tragedia clásica– experimenta. En ese preciso instante empezamos a creer que lo que no podía sucederle más que a otros desafortunados, nos está ocurriendo a nosotros. La imagen de Edipo arrancándose los ojos, la de Fedra ahorcándose, o la de Ajax arrojándose sobre su propia espada, no son sino resúmenes sumamente plásticos, pensados para ser representados en un teatro e impresionar al público, de lo que somos y el cómo llegamos a intuirlo.

Eso es exactamente lo que para Pereña es el inicio de “ser lo que se es” que implica para nosotros la tragedia, dotando al concepto de gran amplitud filosófica y antropológica. Nos encontramos así con una imagen de lo que somos y de lo que

podríamos llegar a ser. El verdadero descubrimiento, en consecuencia, es que no podemos seguir instalados en la retórica de la historia de salvación. La vocación de verdad se revela, por consiguiente, a través del reconocimiento de que somos nosotros, nuestro destino y nuestra falibilidad, sin intermediarios ni abstracciones, a lo que debemos atender para aprender a vivir. De eso trata, en definitiva, *Repetición e historia*.

Álvaro RAMOS COLÁS